4 | ideas LA NACION | SÁBADO 12 DE JULIO DE 2025



El memorial de las piedras por los muertos de Covid, luego vandalizado

SANTIAGO FILIPUZZI

EL PAÍS —

## Violencia política. Sin un duelo compartido las heridas no cierran

En su nuevo libro, *Decir adiós*, Norma Morandini llama a dejar atrás el uso político de los muertos y a despedirlos con rituales que reparen "el alma herida" de la Argentina; aquí, un fragmento



Decir adiós Norma Morandini Libros del Zorzal

"Todo dolor al que uno se abandona" cada cultura o religión lo narra de acaba por convertirse en serenidad". (Margarite Yourcenar, La elección de Antígona)

Sois hermanos de alguien? ¿Le habéis permitido a la hermandad que inunde vuestro pecho deshaciendo el rencor, lavando la muerte, esa que ahora tenéis, y que cuando llegue la otra venga limpia, de acuerdo con la ley de los dioses?", le hace decir Sófocles a Antígona, la heroína trágica que, al enfrentar el poder del tirano, escenificó el dilema eterno entre el poder del Estado y la obligación de la sangre, entre el orden de los hombres y los dioses. Es una de las obras más perfectas, en la opinión de George Steiner, que reconstruyó y analizó la transmisión y las relecturas de uno de los mitos griegos más antiguos: el personaje femenino que se actualiza en tiempos de opresión y tiranías; las mujeres víctimas y heroínas que, como Antígona, enfrentan con su vida a los tiranos y vuelven a preguntar: ¿se sienten hermanos de los que murieron para limpiar sus espíritus de odios y rencores y presentarse ante la propia muerte limpios de corazón?

Ese es el sentido del ritual del duelo; la vida en pausa para tomar conciencia de la pérdida; duelo y consuelo. En la muerte, todo se diluye. Es el paso hacia lo que desconocemos, y

diversas maneras. Los ritos son universales; lo que difiere es la relación que tenemos los vivos con los que no están. Para ser eficaces, esos ritos deben ser compartidos, no importa si los fijó una persona o una comunidad. Sanan y transforman, cuando son genuinos. Esos gestos repetidos como homenajes nos permiten participar a otros de nuestro dolor. Las ceremonias unen, sobre todo en sociedades que, como la nuestra, esconden, ocultan, se apropian del dolor y privatizan el sufrimiento. comunidad que en su mudez expre- reaviva, cobra color con lo que no es Los ritos ayudan a que los dolientes salgan de sus soledades para recibir elabrazo que hermana en la compasión y la empatía. Los ritos permiten que el duelo no quede arrinconado en el herido. Todos necesitamos el abrazo de las condolencias.

Eso es lo que nos falta en Argentina. No se trata de la victimización. No hav jerarquía en el sufrimiento. El dolor compartido lo atenúa. Las ceremonias alivian lo sucedido y dan sentido a la vida, no a la muerte. "Hombre, si no te avienes a morir de buen grado, es que tampoco quieres la vida", escribió el poeta alemán Angelus Silesius, contemporáneo de Spinoza. Los seres humanos necesitamos de gestos, rituales organizados para aliviar la angustia que produce la muerte. Nadie está preparado. Primero, el impacto, la sorpresa, el vacío que van ocupando la ira, el miedo, la depresión y la culpa, sentimientos que delatan nuestra intimidad frente a la adversidad, a la que necesitamos dar sentido para evitar el resentimiento y el odio.

Soledad, silencio y aislamiento. Sin el abrazo colectivo para reconocernos parte de la misma tragedia: así hemos vivido en la Argentina a nuestros muertos insepultos. Al inicio, acudíamos a las plazas públicas para recordarlos. Cada 24 de marzo, de a uno, en grupos, sin nada que nos identificara más allá del silencio, fuimos configurando una saba ese mantra de la democracia, el Nunca Más a la violencia política. Nunca más a un Estado que desprotege a sus ciudadanos, porque está más ocupado en acumular poder y privilegios. Nadie preguntaba por la filiación. ¿Sos peronista, radical o comunista? Tal cual hicieron las madres cuando se instalaron en la plaza para reclamar por el paradero de sus hijos. Con la llegada del kirchnerismo y la apropiación de la causa de los derechos humanos, la plaza se fue llenando de gritos, de carteles, debombasybombos. Las consignas sectarias y la utilización política nos expulsaron de la vida compartida. Nos quedan las palabras.

Al final, regreso a la pregunta inicial: ¿es la muerte un lugar común? Encuentro la respuesta en el filósofo Emmanuel Levinas: "Hablar de la muerte no es un lugar común", porque la esencia del lenguaje es la

generalidad. La palabra instaura un mundo común, un acontecimiento ético que está en la base de esa generalidad del lenguaje. De eso se trata: poder reflexionar sobre ese hecho que en general es refractario al pensamiento, sobre el que ha trabajado Byung Chul Han. La utilización política de nuestros muertos se ha convertido también en un lugar común, porque, siguiendo el razonamiento de Levinas, lo opuesto al lugar común es poder hablar sobre la muerte. La palabra se "vivifica, se particular", es lo que nos permite "volver al mundo común, crear lazos comunes". Así, rechaza la muerte, no por temor a su propia muerte, sino por la responsabilidad hacia la vida, hacia el aquí y la conciencia de ese don precioso, la vida y el tiempo: el mío atravesado por la muerte de mis hermanos, por las de mis amigos, por las de amores generacionales, por las de los que tuvimos veinte años en los años setenta, las que tienen nombres propios, las reducidas a un número, las ignoradas. Todas a las que se les negó las ceremonias y los ritos de duelo. "El llanto fúnebre de los primi-

tivos –escribió Elias Canetti– es un acontecimiento tan meridiano, se graba de manera tan indeleble en la conciencia de cuantos de él participan", que aun cuando las ceremonias se tornen frías, ese llanto actúa como un conjuro. Entre nosotros.

la gritante ausencia de rituales de duelo compartidos nos ha impedido convertir la vida de nuestros muertos, todos, en un destino pedagógico de convivencia sin matarnos. Las ceremonias, los ritos de paso, "logran convertir la vida de los difuntos en un destino, siempre y cuando hablen sin traicionar", escribe Delphine Horvilleur, una joven mujer con la misma edad de nuestra democracia. [...]Ella usa la palabra de la tradición judía para acompañar y dar consuelo a los que quedan, los que lloran y en el duelo inician la recuperación de la vida que terminó. Esos muertos que hacen parte de nuestra vida de la misma forma que nosotros conformamos otras vidas. Rituales de paso, de transición, los kadish de la tradición judía, que pueden equipararse a los responsos del catolicismo, una santificación oficiada por  $un \, sacer dote. \, Hor villeur, la \, primera$ mujer en Francia que debió ir a Nueva York para formarse en el estudio de la Torá, tiene como oficio acudir a los entierros, funerales de Estado, como el de Simone Veil, la sobreviviente Auschwitz que se convirtió en la primera mujer en presidir el Parlamento Europeo; o el de Elsa Cyat, igualmente víctima de los que en nombre de Dios se arrogan el derecho a matar, la psicoanalista judía, atea, muerta en la matanza de Charlie Hebdo. Allí se le escuchó decir a Horvilleur: "¿Qué Dios grande se torna miserablemente menor como para necesitar que unos hombres salvaguarden su honor?". Eso preguntó en esa ceremonia pública, un rito de muerte al que la rabina puso palabras propias después de haberse adentrado en la vida que despedía. Una ceremonia fúnebre obediente al mandato del Deuteronomio 30, 19: "Te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida".

Los  $\mathit{kadish}$  no son la oración de los muertos, como todos creen. "Es una liturgia que no habla ni de desaparición ni de duelo, sino que alaba a Dios, lo encomia y enumera en forma larga de letanía toda su grandeza". La muerte tiene ese poder gracias a las palabras y los ritos. Crea un relato que construye una vida, a la manera de un monumento cuyos cimientos ponemos con el último suspiro. Recitar el kadish en memoria de un desaparecido contribuirá a la rápida elevación de su alma para reunirse con su Creador. Cualquiera puede recitar el kadish. En la tradición judía, no hay intermediarios entre Dios y los hombres; los rabinos son eruditos a los que la comunidad reconoce como guías. Como sucede con el catolicismo, los más ortodoxos creen que esa función está reservada sólo para los varones, y tal vez por eso en la Argentina nos hemos quedado sin guías espirituales que utilicen el púlpito para ayudarnos a vivir sin odios y dejar a nuestros muertos en paz.

Entre nosotros, nadie lo dijo mejor que Borges: "Somos la justificación de nuestros muertos". Nadie es la patria tan invocada en los discursos, ni en los símbolos, ni en el tiempo tan lleno de batallas y de éxodos; ese hecho perpetuo porque no es de nadie, pero nos pertenece a todos; ese misterio de la pertenencia, la identidad nacional definida por los que murieron de manera violenta, en las guerras fratricidas, asesinados doblemente en la desidia y el desdén para inventar una tradición que una las diferencias que la violencia separó. Son "la gloriosa carga que a nuestra sombra legan  $es as \, sombras \, que \, debemos \, salvar".$ Para el tiempo por venir, si aprendemos a vivir con todos esos muertos que nos justifican como parte de ese misterio que es vivir bajo el mismo cielo. A los que debemos respeto para restituir en nosotros la mejor humanidad. Al final, decir adiós es mirar hacia Dios.